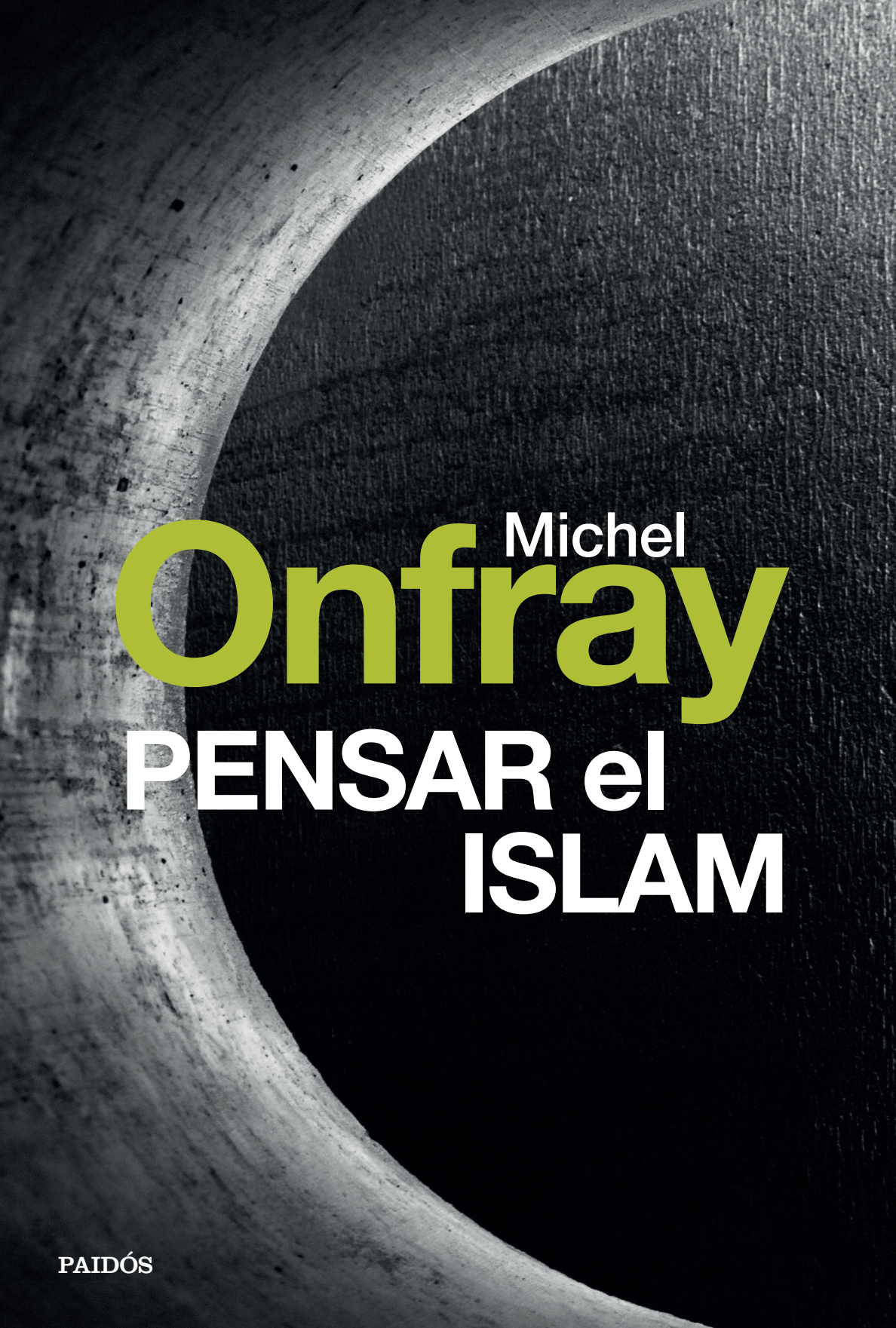
Michel
Onfray
PENSAR el
ISLAM
PAIDÓS

MICHEL ONFRAY
con la colaboración de Asma Kouar
en la entrevista

PENSAR EL ISLAM

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Penser l'islam*, de Michel Onfray
Publicado originalmente en francés por Editions Grasset & Fasquelle

Traducción de Núria Petit Fontserè

1.ª edición, noviembre de 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Editions Grasset & Fasquelle, 2016
© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2016
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2016
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3268-5
Fotocomposición: Fotocomposición gama, sl
Depósito legal: B. 21.122-2016

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Pensar en la post-República 11
Prefacio 19
Introducción: Ni reír ni llorar, sino comprender . . . 23
Entrevista 47
Conclusión: Para no concluir 103

En su Tratado de ateología *usted critica severamente los «tres monoteísmos», afirmando al mismo tiempo que Occidente se equivocaría si despreciase el islam. Pero usted personalmente, ¿conoce bien el islam?*

Al igual que el judaísmo, no lo conozco tan bien como el cristianismo, que es la religión en la que me educaron mis padres y la que ha generado la civilización de la cual soy producto. Pero, de la misma manera que he leído el Talmud, también he leído, pluma en mano, el Corán, los hadices del Profeta y la Sira, además de varias biografías de Mahoma y una serie de obras sobre la historia del islam. No conozco tan bien la historia del islam en el mundo como la historia del cristianismo. Pero sí que he viajado por países donde el islam está presente: Argelia, Marruecos, Túnez, Libia, Egipto, Mali, Mauritania, Líbano, Turquía, Palestina y Emiratos Árabes. Por lo tanto he visto la pluralidad de las diferentes voces del islam en la práctica y sé que las hay más flexibles, que insisten más en la dimensión espiritual y universal, y otras más rígidas, que reivindican

la dimensión teocrática y política. En cuanto al concepto de barbarie, se trata evidentemente de un juicio de valor: claro que puede parecer bárbaro degollar a seres humanos cuya única falta consiste en ser ciudadanos de países belicosos contra tal o cual país musulmán bombardeado por Occidente, pero me parece igual de bárbaro matar a víctimas civiles inocentes, mujeres, niños y ancianos, con un armamento tecnológico perfeccionado (aviones furtivos, drones, bombas...) en Afganistán, en Mali y en otros lugares musulmanes del planeta, so pretexto de que nos amenazan supuestamente en nuestros propios territorios, cuando nosotros mismos hemos creado el terrorismo al pretender que queríamos evitar su exportación. No olvidemos que las guerras enriquecen a los industriales estadounidenses, que son por otra parte los donantes de las campañas demócratas y republicanas de los candidatos a la Casa Blanca.

Usted no ignora que las palabras pueden tener una enorme influencia en las mentes... La laicidad, por ejemplo: ¿qué hay que entender detrás de esta palabra? ¿Qué entiende usted?

Deberíamos ponernos de acuerdo sobre qué es la laicidad. Yo no soy de los que hacen de ella una religión, con sus dogmas intangibles situados fuera del tiempo. No creo, por ejemplo, que la famosa ley de 1905 sobre la separación de las Iglesias y el Estado sea un dogma: creo en la historia y en la inscripción de las leyes dentro de ella. La configuración de 1905 no es la misma que la de 2015: a principios del siglo pasado, el islam existía de forma completamente marginal, mientras que el cristianismo era dominante. Actualmente, el islam es una religión exponencial, en plena forma, con la fuerza de lo que Nietzsche llamaba la «gran salud». Hay que pensar la laicidad a partir de esta nueva configuración. Hay que ser pragmático y no ideólo-

go: el pragmático negocia con lo existente, mientras que el ideólogo piensa a partir de ideas desconectadas de lo real.

En enero de 2015, Francia pasó por unos acontecimientos trágicos que en cierta forma recuerdan la conmoción que se produjo después del Once de septiembre...

La emoción es un asunto privado y personal. Por mi parte, me siento espinozista. Spinoza escribía, como es sabido: «Ni reír ni llorar, sino comprender». No quiero caer en la compasión, que es el carburante de los medios y de los políticos de la política partidista que aspiran a ser elegidos o reelegidos. Los medios no necesitan que la gente piense, sino que los mire en el momento en que emiten la publicidad que los subvenciona. Necesitan, por lo tanto, un máximo de telespectadores delante de la pequeña pantalla en el instante en que se lanza el reclamo, como se decía antes, o la propaganda consumista, como podríamos decir hoy. Ahora bien, el máximo de gente se concentra delante de la pantalla con el escándalo, el sexo, la violencia, la emoción, el suceso, y no con la reflexión o el análisis. Lo que sucedió el 7 de enero no hay que abordarlo con el *pathos*, porque es hacerles el juego a los medios y a los políticos liberales, que invocan la civilización contra la barbarie y la libertad de expresión contra el oscurantismo, cuando lo único que quieren es vender sus mercancías consumistas; hay que abordarlo con la razón.

A raíz de los atentados de París, han sido muchos los que han optado por avivar las brasas de una islamofobia latente. ¿Qué piensa usted de ello?

En primer lugar, decir que en el Corán hay suras que propugnan la guerra, que invitan a matar y degollar a los infieles,

y recordar que el propio Mahoma fue un jefe guerrero que entraba personalmente en combate desempeñando en él su papel no debería considerarse islamofobia. ¡A menos que neguemos que el Corán es el Corán y que el Profeta tuvo la vida que tuvo! Son muchas las suras que legitiman las acciones violentas en nombre del islam. Otras, no tan numerosas, aunque también existen, propugnan el amor, la misericordia, y rechazan la coacción. Uno puede reclamarse de las unas o de las otras. Obtendremos entonces dos maneras de ser musulmán. Dos maneras incluso contradictorias.

Islamófobo remite, a causa del sufijo *fobo*, al miedo: tener miedo al islam no es detestar el islam, cosa que expresaríamos con el prefijo *mis*, como en misántropo o misógino, lo cual daría *mislámico*, por emplear un neologismo. *Islamófobo*, dicen, es una palabra inventada por el Irán de Jomeini para estigmatizar a todos los oponentes a su régimen. Existen verdaderos militantes del odio al islam, sean cuales sean sus formas. Pero también existen personas que preferirían un islam que optase por las suras pacíficas y no el islam que se apunta a las suras guerreras: ¿es ser islamófobo preferir la paz a la guerra? No lo creo.

En cuanto a los que son tildados de islamófobos y lo único que han hecho ha sido anunciar lo real en forma filosófica, política, panfletaria o novelesca —pienso respectivamente, sin juzgar la pertinencia de sus palabras, en Alain Finkielkraut, Renaud Camus, Éric Zemmour y Michel Houellebecq—, no se les puede hacer responsables de lo que simplemente han anunciado. Sería tan ridículo como denunciar y hacer responsable al radiólogo que, a la vista de las radiografías, nos anunciara la mala noticia de un cáncer.

Las causas de lo acaecido no hay que buscarlas en quienes

dijeron hace años que lo que se ha producido se produciría, sino en los políticos de la derecha y la izquierda liberal que se suceden en el poder y que han generado en Francia la miseria, la pobreza, el paro, el iletrismo, la incultura, que han celebrado el culto al dinero y al éxito como horizonte insuperable, que han enterrado cualquier forma de espiritualidad en aras del becerro de oro y que, fuera de Francia, han desarrollado una política islamófoba bombardeando muchos países, desde Iraq a Afganistán pasando por Mali. Estos son responsables y culpables, sí. Pero no unos filósofos, unos escritores, unos ensayistas y unos novelistas que hacen su trabajo.

¿Puede la integración —o la no integración— de la comunidad musulmana en Francia ensombrecer la relación de los franceses con el islam?

Claro que sí. Francia no se ha hecho querer, ni cuando uno ha nacido en su territorio, ni cuando ha llegado después, ni cuando ha nacido en el país con padres o abuelos llegados hace dos o tres generaciones. Desde que en 1983 la izquierda ha dejado de ser de izquierdas para convertirse en liberal y europeísta, haciendo de un corrupto como Bernard Tapie el modelo de éxito social recompensado con un cargo de ministro, desde que esa izquierda, con el diario *Libération* a la cabeza, ha clamado de una manera terriblemente obscena «¡Viva la crisis!», desde que la derecha y la izquierda liberal hacen una política económica parecida y votan a favor de todas las guerras contra el islam desde Iraq hasta Estado Islámico pasando por Afganistán y Mali, Francia no ha dado de sí misma una imagen que a uno le complazca amar. Que algunos no amen esa Francia lo entiendo, porque tampoco es la que yo amo. Que unos jóvenes la abandonen por una vida de

aventuras, de ideales, de acción, de compromiso es algo que puedo comprender, ya que la República ha dejado de ser capaz de proponer la aventura, el ideal, la acción y el compromiso para erigir como modelos a los actores de serie B, a los locutores de la tele, a unos futbolistas descerebrados, a actores de cine, a cantantes de concursos televisivos...

Desde el día siguiente de los atentados de enero, una gran parte de la opinión creyó que debía escoger como eslogan «Je suis Charlie». ¿Le parece un eslogan acertado?

El pueblo ha muerto y ha sido sustituido por un populacho fabricado por los medios de comunicación de masas. Desde hace años, el gran formador de las conciencias ya no es la escuela, que también se ha vendido al mercado y a los ideólogos, sino la pantalla: la televisión, la red, el tuit. Los medios de masas, por definición, masifican: transforman a los pueblos en muchedumbres y es sabido que las muchedumbres no piensan, no reflexionan, no analizan, sino que se agregan y caminan como un solo hombre detrás de un eslogan. «Je suis Charlie» fue un eslogan que impidió pensar, que es lo que quieren los medios de masas que saben que un pueblo que no piensa se convierte en una masa fácil de conducir, de guiar, de gobernar.

La prueba es que Hollande ha dado un salto de 20 puntos en la opinión pública simplemente buscando el contacto con la masa, seguramente inspirado por su asesor de comunicación, para decir que formaba parte de ella, cuando acababa de manifestarse para los medios en una calle con una seguridad impresionante y en compañía de los grandes de la Tierra, algunos de los cuales pisotean diariamente los derechos humanos.

¿Hemos llegado a comprender las causas reales del terrorismo?

Para eso haría falta una política con mayúsculas, y nuestros políticos no son capaces. Francia ya no tiene los medios económicos y financieros ni tampoco los ideológicos para llevar a cabo esa política internacional asimilable al neocolonialismo. ¿Por qué, cuando se pretende luchar contra el terrorismo en nuestro suelo, se bombardean pueblos afganos que no nos amenazan y en cambio no se hace nada contra los países de los que sabemos a ciencia cierta que están claramente implicados en el terrorismo internacional, puesto que lo financian, como es el caso de Qatar o Arabia Saudí, por ejemplo?

Ya se ve que no es contra el terrorismo contra lo que luchamos, sino contra pequeños países indefensos fáciles de bombardear para ayudar al comercio de los vendedores de armas, que son los que hacen la ley en Estados Unidos y, por lo tanto, en todo el planeta. Francia no se queda atrás, por cierto, en el tema de la venta de armas: no se pueden fabricar y vender armas de guerra sin utilizarlas algún día. Esas guerras contra pequeños países desarmados no son gloriosas sino despreciables. ¿Qué hicieron los gobiernos guerreros, entre ellos Francia, contra Pakistán, que dio cobijo a Bin Laden durante años? Nada. Bien es verdad que Pakistán posee la bomba atómica...

Lo ideal sería que Francia procediera a un cambio radical de política y dejase de querer imponer su ley en el planeta en nombre de los derechos humanos, cuando actúa motivada por intereses económicos, financieros, estratégicos y geológicos. Ha llegado la hora, para un Estado débil como el nuestro, de renunciar al imperialismo planetario para construir una neutralidad que nos obligue a implicarnos militarmente

solo cuando esté amenazada la seguridad de la nación y siempre tras un referéndum. Hasta que agredimos a Iraq en 1991, esos pueblos no nos amenazaban. En cambio, los diferentes presidentes de Estados Unidos necesitaban convertir estos pueblos en enemigos amenazadores de su seguridad para dar salida a sus armas. ¡Baste recordar la terrible mentira de Estado de Colin Powell cuando mostró en la tribuna de la ONU en 2003 un tubo de ensayo en el que supuestamente se concentraban las pruebas de que Sadam Husein poseía armas químicas de destrucción masiva!

¿No es injusto tomar como objetivo a los musulmanes? ¿Creer que el islam es globalmente «responsable»?

Hay dos formas de ser musulmán, según que uno construya su islam sobre las suras que dicen «Exterminad a los incrédulos hasta el último de ellos» (VIII, 7) o sobre estas palabras extraídas de la Sira: «Todo judío que os caiga en las manos, matadlo» (II, 58-60), «Matad a los politeístas dondequiera que los encontréis» (XVII, 58); o sobre estas otras: «No está permitido forzar a nadie a creer» (II, 256), o bien: «El que salva a un solo hombre debe ser considerado como si hubiese salvado a todos los hombres» (V, 32). Recordemos de paso que esa misma invitación, y en los mismos términos, la tienen los judíos (Mishná Sanedrín, 4, 5). Los segundos pueden en efecto decir del islam que es una religión de paz, de tolerancia y de amor, pero en detrimento de las suras de los primeros que sí hacen posible un islam de guerra, de intolerancia y de odio.

Lo mismo ocurre con el cristianismo, que permite, si uno se reclama del Jesús que ofrece la otra mejilla, perdona los pecados, responde al odio con el amor, propugna el amor al

prójimo y el perdón de los pecados, un cristianismo pacífico, tolerante (el de Montaigne), o que permite lo contrario si uno se reclama, en los mismos Evangelios, del Jesús que expulsa a los mercaderes del Templo a latigazos (el momento de los Evangelios preferido por Hitler) o dice: «No he venido a traer paz, sino espada» (Mateo X, 34-36), una espada que se convertirá en el símbolo de san Pablo, con el cual el cristianismo oficial ha construido su ideología más que con el Jesús de paz, de tolerancia y de amor, que jamás habría hecho posibles las Cruzadas, la Inquisición, el Índice, la colonización y el genocidio de los pueblos de América.

¿No hay una parte de violencia injustificable en esa suspicacia hacia el islam?

En efecto, hay una suspicacia que hace que uno no sepa quién es musulmán y quién no lo es; ni quién, cuando lo es, se reclama de las suras de paz o de las suras de guerra. La barba, el atuendo y el velo hacen pensar que ese islam reivindicado y ostensiblemente visible lo alinea a uno en las filas de los defensores de un islam guerrero y conquistador. La implicación de ese islam de guerra en cierto tipo de delincuencia útil para financiar las operaciones de los comandos (tráfico de armas, de drogas, atracos) hace que se asimile fácilmente a todo ladronzuelo que roba un coche en las barriadas con un terrorista islamista en potencia. La asimilación de toda persona de color o de aspecto magrebí con un delincuente y con un terrorista islamista en potencia es el toque final. Entonces nadamos en una confusión que impide el análisis fino y la reflexión sutil. El delito de facies es, por desgracia, el que se impone.

¿Hay que luchar por la laicidad?

Ya he explicado que la laicidad es un concepto vivo y no un dogma muerto y, por lo tanto, hay que pensarlo de forma contextualizada. Están los hechos contra los cuales no podemos nada; por ejemplo, que en Francia existe una comunidad musulmana exponencial. Eso hay que tenerlo en cuenta. ¡No se trata en absoluto, so pretexto de «Gran Sustitución», de «devolver a su casa» a unas personas que ya están en su casa! Sea porque han nacido aquí, sea porque sus padres han nacido en Francia, o sea porque, convertidos recientemente al islam, pueden presumir de ser franceses desde hace mil años. Me opongo a toda política de expulsión, ni que sea homeopática y mediática. Y más aún a expulsiones en masa, que son el signo de identidad de los países totalitarios.

Por lo tanto, hay que acomodarse a la realidad. Y la realidad son varios millones de musulmanes que viven en Francia. Si uno es ideólogo en materia de laicidad, recita el catecismo: aquí no se financia ningún culto. Consecuencia de semejante ideología: los cultos serán financiados por países extranjeros que tienen interés en hacer del islam una religión de combate contra Occidente. Las mezquitas no se construirán con dinero público, de acuerdo; se mantendrá pura la idea laica, sin que importen las consecuencias, pero las mezquitas existirán de todas formas y se convertirán en lugares de propaganda antirrepublicana. Si uno rechaza y recusa la ideología, la República tiene que acomodarse a esa realidad prescindiendo de fantasmas y promover un islam republicano que se apoye en las suras pacíficas. En tal caso hay que formar a los imanes, vigilar los lugares de culto para que no sean lugares de propaganda terrorista y, de esta forma, luchar de verdad contra los que solo creen en las suras belicosas.

Usted escribe a menudo que el islam «enseña a decapitar». ¿No es dar una lección de moral un poco curiosa por parte de una nación que inventó la guillotina?

Soy un ferviente partidario de abolir la pena de muerte, bajo todas sus formas: desde la guillotina de Robespierre hasta las bombas del ejército francés lanzadas sobre las poblaciones afganas, sirias o iraquíes, pasando por el asesinato de los dibujantes de *Charlie Hebdo*, del policía y de los judíos que hacían sus compras en un supermercado kósher. Como ateo que soy, no participo en ningún concurso para ver quién es más cruel en materia de religión. Estoy en contra de todas las crueldades, incluidas las que se cometen en nombre de una religión, sea cual sea. Y no me hará usted defender la Inquisición ni las Cruzadas, ni la guillotina ni las guerras. Mi ateísmo tampoco me lleva a absolver los crímenes cometidos en nombre del ateísmo...

Todas las comparaciones son odiosas, pero no puede negarse que el islam en Europa es una religión que está en auge. Dispone de lo que Nietzsche llamaba la «gran salud», como acabo de decir, puede en efecto reivindicar un gran número de fieles en todo el mundo, un ejército de hombres y mujeres dispuestos a combatir y a morir por ella, lo cual constituye un dinamismo evidente. El problema ya no es pues el cristianismo, sino lo que Europa, que está en fase de desmoronamiento tras más de mil años de existencia, va a hacer con esa guerra declarada contra ella en nombre de unos valores distintos de los suyos. La islamofobia, de la que ya he hablado, no es el tema, salvo que a uno le interese la etimología: el terrorismo pretende inspirar miedo, es una de sus armas. ¿Quién puede decir que no tiene miedo a perder la vida en un atentado, en un tren de cercanías o en un avión, en la calle

o en una manifestación, al pasar por delante de una sinagoga o por encontrarse en el lugar de un atentado terrorista, cuando ese terror forma parte de una promesa dirigida contra nosotros y está realmente activado?

Muchos afirman que el Occidente «neoliberal» es política y moralmente pornográfico, idólatra y enemigo de toda trascendencia. ¿Qué opinión le merece?

¡Los que piensan esto no andan tan descaminados! Occidente ha llegado al final de su camino, Europa está moribunda, no resucitará y, como todas las civilizaciones en fase de desmoronamiento, muestra signos de decadencia: el dinero rey, la pérdida de todas las referencias éticas y morales, la impunidad de los poderosos, la impotencia de los políticos, el sexo desprovisto de sentido, el mercado que se impone a todo, el analfabetismo masivo, el iletrismo de los que nos gobiernan, la desaparición de las comunidades familiares o nacionales en aras de las tribus egotistas y locales, la superficialidad convertida en regla general, la pasión por los juegos circenses, la desrealización y el triunfo de la negación, el reino del sarcasmo, el «sálvese quien pueda»...

Una coalición no es posible ni pensable. Cuando una civilización se derrumba mientras otra parece hallarse en plena ascensión planetaria, se crea una relación del débil frente al fuerte, y jamás se ha visto que uno que era fuerte y se ha vuelto débil, en este caso Occidente, sea considerado con magnanimidad, generosidad y clemencia por el que era débil y se ha vuelto fuerte.

Usted defiende la laicidad, pero el islam, como usted bien sabe, vale para todos los tiempos y todos los lugares. ¿Debemos, por lo

tanto, hacerlo «compatible» con la República? ¿Y qué entiende usted por «un islam que hay que modernizar en profundidad»?

Un islam que, dentro del Corán, dé prioridad a su parte pacífica. Pero ahí una vez más, según lo que acabo de decirle, ¿quién puede tener interés en ser pacífico cuando ahora puede ser conquistador? Sobre todo porque intrínsecamente el Corán es palabra de Dios, y no se puede elegir según el propio capricho lo que Dios ha manifestado. La contradicción está en el texto: los que profesan un islam ilustrado tienen razón, está en el Corán; pero los que profesan un islam belicista y conquistador también tienen razón, porque también está en el Corán. Todo depende de lo que uno extraiga. Quien quiera la paz a priori tendrá suras que le darán la razón; pero quien quiera la guerra a priori también dispondrá de otras suras que le darán la razón.

En el Nuevo Testamento teníamos la misma contradicción: en los Evangelios, Jesús dice: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mateo XXII, 21 y Lucas XX, 25); pero en la Epístola a los romanos (XIII, 1), san Pablo también dice: «No hay autoridad que no venga de Dios». Por una parte, si uno se reclama de Jesús, puede justificar la laicidad con la separación de lo espiritual y lo temporal; por otra parte, si uno toma como base a Pablo, liga de forma indisoluble lo espiritual y lo temporal. Durante más de mil años, lejos del Jesús de paz, de tolerancia y de amor, la Iglesia, el Vaticano, las Cruzadas, la Inquisición, los genocidios amerindios..., todos se basaron en el Jesús furibundo en el Templo y en esa terrible frase de Pablo.

Me parece que en el Corán no hay ninguna sura que disocie los dos regímenes: el espiritual por un lado y el temporal por otro. Al mismo tiempo que una espiritualidad íntima y personal,

una religión privada, el islam es una política, y como religión de Estado es intrínsecamente teocrático. La democracia no forma parte del ideal islámico. Pero ¿quién no estaría de acuerdo en que la democracia convertida en lo que es hoy no resulta nada deseable y puede ser criticada o incluso reprobada?

¿Cómo justifica usted el hecho —basado en la «circular Chatel»—[1] de que las mujeres con velo estén excluidas de las excursiones y viajes escolares?

Yo lo vengo diciendo desde hace tiempo: el problema no es el velo. Ni ayer ni hoy. No creo que exista ningún peligro en un viaje escolar con otros padres por el hecho de compartirlo con una madre que lleve velo. La clave está en el islam que uno elija dentro de un libro que permite al menos dos interpretaciones, o que presenta al menos dos puntos de fuga extremos, uno hacia el sufismo y el otro hacia el yihadismo. El problema es este último, no el velo de una madre de familia en una excursión escolar. Una mujer con velo que se reclame de las suras pacíficas es menos problemática que otra que, con la cabeza descubierta, se reclame de las suras belicosas. El velo en sí no dice nada de forma unívoca.

¿No cree usted que los musulmanes tienen derecho a rechazar esta islamofobia institucional?

¿*Los* musulmanes? Son muy heterogéneos. Además, están dispersos, mal representados y no hablan con una sola y mis-

1. De acuerdo con la «circular Chatel», promulgada por el ministro de Educación Luc Chatel, los padres de alumnos que acompañen a los estudiantes en salidas escolares serán considerados colaboradores puntuales del servicio público de educación y, por consiguiente, les es de aplicación la prohibición de llevar símbolos religiosos ostensibles. *[N. de la t.]*

ma voz. Lo que hay que examinar es la primacía de la *umma*, la comunidad musulmana desterritorializada, sobre cualquier otra comunidad: ¿es posible la República cuando uno depende de otra comunidad, espiritual y religiosa? Antiguamente los judíos, que sin lugar a dudas también formaban una comunidad espiritual y religiosa, supieron formar una comunidad republicana: pienso en Raymond Aron. La mejor forma de luchar contra la islamofobia es construir un islam republicano.

¿No estamos asistiendo a una confusión entre el islam como política y el islam como religión?

No hay error en decir lo que se halla en el Corán. Y el Corán no separa jamás el islam y la política, la religión y el Estado. Por otra parte, la *sharia* es la ley coránica que por lógica se impone cuando uno quiere vivir íntegramente según el Corán. El intelectual que lo dice no hace sino repetir lo que halla en los textos. Que los hombres interpreten el texto como quieran: según el espíritu o según la letra. Vivir según el espíritu del islam permitiría elegir en el Corán los hadices y la Sira que quieren la paz; pero eso no sería vivir según la letra, que supondría elegir en esos textos reconocidos como sagrados por todos los musulmanes aquello que propugna la guerra.

El expresidente Sarkozy declaró que prohibiría el velo si volvía a la política. En la época de su primer mandato, ya prohibió el burka. ¿No estará confundiendo el «burka» con el «velo»?

Sarkozy solo ve una cosa, como Hollande desgraciadamente, y es la posibilidad de ser presidente en el próximo quinquenato. Todo le parece bien con tal de volver al poder.

A Hollande y a él no les importa en absoluto Francia, lo único que les obsesiona es el poder. Esa obsesión instrumentaliza el islam: es mucho más responsable y culpable que los intelectuales que tratan de pensar la realidad.

¿Qué le autoriza a ver al profeta Mahoma como un hombre de guerra cuando solo quería imprimir la humildad y la bondad en el corazón de los hombres?

Si nos limitamos a la Sira, y ningún musulmán que yo sepa ha considerado jamás que se trate de una falsificación, sino que todos reconocen que narra de verdad la vida del Profeta, encontramos en ella estas informaciones que someto a su reflexión: cuando vuelve a Medina, Mahoma le notifica a su sobrino, que le decía que solo había encontrado entre los combatientes a ancianos sin cabellos, que los ha degollado.

Y luego lo siguiente: en cuanto a Uqba, que le pregunta antes de morir: «Mahoma, ¿quién alimentará a mis nietos?», el Profeta le contesta: «El fuego», y le corta la cabeza (I, 643-646).

Y a continuación esto: el poeta judío Kab ibn al Ashraf, que escribió unos textos indignados tras el asesinato de los suyos en Badr, fue apuñalado hasta la muerte por orden de Mahoma (II, 51-58).

Y acto seguido: el marido de Cafiyya se niega a decir dónde esconde su tesoro: los musulmanes lo torturan y luego le cortan la cabeza (II, 336-337).

Y otra información más: Huyavv es conducido ante el Profeta, con las manos atadas, rajado por todas partes, y Mahoma le dice: «No siento en absoluto haber sido tu enemigo», y luego le corta la cabeza (II, 241).

Y esta última: cuando la batalla del foso, en la que se enfrentan judíos y musulmanes, Mahoma se propone poner fin

a tres años de guerra larvada con los judíos venciendo en el combate. Declara que todos los hombres de la tribu de los Qurayza serán decapitados y sus mujeres junto con sus hijos. Casi un millar de judíos son atados y degollados uno tras otro al borde de una fosa común: «El cataclismo cayó sobre ellos y a la mañana siguiente yacían en sus moradas» (VII, 78).

O bien lo que dice este texto es falso, y entonces hay que denunciar de inmediato esta falsificación y demostrar primero que se trata efectivamente de una falsificación, o bien lo que dice es cierto, y entonces hay que asumir esas informaciones. No es casual que el hadiz de Bukhari (IV, 73) reproduzca estas palabras de Mahoma: «Sabed que el paraíso está a la sombra de las espadas».

¿No tiene usted la impresión de que va demasiado lejos? ¿De que está utilizando textos secundarios para lanzar el oprobio sobre el Profeta, cuya infinita sabiduría todo el mundo reconoce?

Para poder seguir avanzando, debemos resolver una cuestión: ¿el islam reconoce sí o no el texto de la Sira como fuente? Me he permitido citarle referencias concretas y hechos concretos para responder a su desagradable insinuación de que yo *pretendía* conocer el texto. No me ofenda creyendo que no he leído los textos que cito, a diferencia de mucha gente que jamás se ha tomado la molestia de leer el Corán y los textos que usted misma reconoce como legítimos en lo tocante a la biografía del Profeta.

Los historiadores de los que usted habla pueden decir lo que quieran, pues todo el mundo puede decir lo que quiera, aunque sea contradiciendo las pruebas. Por mi parte, no juzgo el islam de oídas, sino por lecturas que no son islamófo-

bas ya que son las fuentes mismas del islam. ¿Es uno islamófobo cuando cita el Corán sin comentarlo o cuando cita hechos narrados en la Sira? Si es así, tenemos un problema, pues cualquiera que se refiera a las fuentes en contra de la leyenda y la vulgata será tratado de islamófobo por gentes que dicen ser musulmanas pero que no han leído ninguno de sus textos sagrados y que ni siquiera saben quién fue Mahoma, qué hizo y qué dijo. En este orden de ideas, lamento tener que decirle que los musulmanes que recurren a la violencia en nombre del islam sí que han leído los textos y los conocen. A menos que otros los hayan leído por ellos, y estos han leído *efectivamente* lo que había que leer. Y lo que estaba escrito.

¿Cómo considera usted mis citas del Corán y de la Sira? ¿Falsificaciones? ¿Insultos? ¿Mentiras? ¿Palabras malintencionadas? ¿Posturas islamófobas? Para que podamos hablar, en primer lugar es preciso al menos no despreciar a quien ha leído, diciendo que pretende haber leído; después, leer lo que él ha leído; y finalmente, conocer la validez de los textos sagrados de la religión musulmana. Si no, no es posible entenderse... Es una cuestión de método.

Usted habla de suras como si hubiese dos tipos de Corán; el espiritual por una parte y el temporal por otra. ¿Ignora usted pues que el Corán es uno solo?

No, yo no digo que haya dos Coranes, sino —vuelva a leer lo que digo— que en el mismo Corán existen textos heterogéneos, algunos de los cuales dicen unas cosas y otros las contrarias a lo dicho unos versículos más arriba. Le remito a mis citas de suras pacíficas y suras belicosas, de suras tolerantes y suras intolerantes. Le doy las referencias de las suras y los versículos. ¿Qué hace usted con estas contradicciones? ¿Y

qué hace con las suras intolerantes y belicosas? ¿Pretende acaso que me las invento? ¿Que están mal traducidas? ¿O tal vez —este argumento lo conozco, ya lo han usado otras veces contra mí— que han sido traducidas y editadas, cuando no inventadas, por traductores y editores sionistas? Le repito que el Corán contiene frases que justifican lo mejor y lo peor, léalo o reléalo atentamente.

¿Sabe usted que las propias suras han conocido etapas mecanenses y etapas medinenses? ¿Y que esas secuencias se encuentran a veces dentro de una misma sura? ¿No sería más prudente por su parte estudiar esos matices antes de arriesgarse a pronunciar juicios excesivos?

Sí, claro. No me ofenda tampoco dando a entender que improviso sobre este tema sin haber estudiado tanto los textos como los contextos. Cuando ha dicho que hay suras que proceden de la época de Medina y otras de la época de La Meca y que las unas dicen cosas contradictorias con las otras, ¿qué concluye? ¿Que hay que tener en cuenta las unas y rechazar las otras? ¿Pero en nombre de qué puede usted, *usted*, simple criatura humana, dentro de un libro dictado por Dios al Profeta, decidir qué debe conservarse y qué debe rechazarse? ¿Cree usted que los hombres pueden escoger en un texto dictado por Dios lo que les convenga y apartar lo que les moleste? Porque ¿qué hará usted con el que diga que las suras homófobas le molestan y que hay que defender los derechos de los homosexuales a pesar de la sura que los condena? ¿Y con el que diga que hay que prescindir de las suras antisemitas? ¿Y de las suras misóginas? El Corán no es un supermercado en el cual uno escoge lo que le conviene para poder decir que bebe alcohol y come cerdo y que no por ello es menos

musulmán, a pesar de las suras que prohíben el cerdo y el alcohol. Le recuerdo esta sura: «He aquí el libro, no contiene ninguna duda» (II).

Para evitar que me diga que el Corán no prohíbe nada de todo eso, le recuerdo las suras en cuestión. *Sobre los incrédulos*: «Exterminad a los incrédulos hasta el último» (VIII); «Golpeadles los cuellos y cortadles los dedos» (VIII, 12); «Y sabed que no fuisteis vosotros quienes los matasteis, sino que fue Dios quien les dio muerte» (VIII, 17); «Combatidlos hasta que ya no haya sedición» (VIII, 39). *Sobre el antisemitismo*: los judíos «se esfuerzan en corromper la tierra» (V, 64); son «un pueblo criminal» (VII, 133); «A todo judío que os caiga en las manos, matadlo» (Sira, II, 58-60); «Que Dios los aniquile» (IX, 30)... *Sobre los politeístas*: «Matad a todos los politeístas dondequiera que los encontréis» (XVII, 58). *Sobre la justificación de la tortura mediante la argolla*: «Les pondremos las argollas al cuello, hasta la barbilla; se les mantendrá la cabeza recta e inmóvil. Les colocaremos una barrera delante y una barrera detrás. Los envolveremos por todas partes para que no vean nada» (XXXVI); *ahogándolos*: «Hemos ahogado a los otros» (XXXVII, 82); *por mutilación*: «Le haremos una marca en el morro», en otras palabras: le cortaremos la nariz (LXVIII, 15); *degollándolos*: invitación a «cortar la aorta» (LXIX); *por crucifixión*: «Serán muertos o crucificados» (V, 33). «Saboread pues mi castigo» (LIV) como tantas veces está escrito... *Sobre la misoginia*: «Las mujeres tienen unos derechos equivalentes a sus obligaciones y de conforme a la costumbre. Sin embargo los hombres tienen preeminencia sobre ellas; Dios es poderoso y justo» (*¡sic!*) (II, 228); «Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres, en virtud de la preferencia que Dios les ha concedido sobre ellas» (IV, 34);

«Cuando se anuncia a uno de ellos el nacimiento de una niña, se refleja en su rostro la aflicción y la angustia. Por lo que se le ha anunciado se esconde de la gente avergonzado y duda si la dejará vivir a pesar de su deshonra o la enterrará viva» («Las abejas», XVI, 58); «Esa niña pequeña que crece entre adornos y no sabe argumentar con coherencia» («El adorno», XLIII); «A aquellas de quienes temáis que se rebelen, exhortadlas y dejadlas solas en sus lechos, o pegadles» (IV, 34); «Di a las creyentes que bajen la mirada, que sean castas, que no muestren sino el exterior de sus galas, que lleven el velo bajado sobre el pecho, que no muestren sus galas sino a su esposo, o a su padre» (XXXIV, 31); *sobre el repudio*: una sura entera («El repudio», LXV); *sobre la poligamia*, ver la totalidad de la sura «Las mujeres» (IV); «En cuanto a vuestros hijos, Dios os ordena atribuir al hijo una parte igual a la de dos hijas» (IV, 11)... *Sobre el matrimonio concertado*, la familia decide por ella (IV, 25). *Sobre la homofobia*: el homosexual es la encarnación de la «abominación» (VII, 81).

¿Estas suras se encuentran en el Corán, sí o no? Si es que sí, ¿qué hay que hacer con ellas? Si es que no, ¿cómo explica usted que se hallen en todas las traducciones y todas las ediciones francesas de ese libro? ¿Propaganda sionista? Inventos de descreídos, de cristianos y de judíos, de infieles y de ateos para perjudicar al islam? ¿O textos que, para discutirlos en serio, habría primero que admitir que existen realmente para luego pensar qué hay que concluir cuando se dice que son palabras dictadas directamente por Dios a su Profeta? ¿Es ser islamófobo decir lo que uno encuentra en el Corán cuando lo lee?

«Se debe poder leer la Torá, la Biblia y el Corán como se lee a Platón o Aristóteles», escribe usted. Y añade que este progra-

ma solo es «pecado» para quienes no aman la libertad ni el ejercicio de la razón.

Desde que la humanidad existe, ha habido centenares de miles de religiones. La mayoría no han dejado ningún rastro. Las más antiguas sí han dejado rastros, pero son ilegibles, incomprensibles, están sellados: ¿cómo comprender hoy las pinturas y los grabados parietales prehistóricos? ¿Las alineaciones de Stonehenge? ¿Los dólmenes y los menhires?

Solo podemos hablar de las religiones cuyas huellas podemos comprender: desde Champollion y la piedra de Rosetta podemos descifrar los jeroglíficos y comprender lo que significan los textos dejados por los egipcios. Disponemos de un *Libro de los muertos*, que es un libro religioso, puesto que habla del trasmundo, y para mí hay religión cuando se explica este mundo por otro mundo, por un trasmundo que le da su sentido. Por lo tanto, los libros en los que se basan las religiones son escasos, en la historia de las religiones son minoritarios.

Considerando estos milenios de religiones diversas y múltiples, animistas, totemistas, panteístas, politeístas, el monoteísmo y sus textos resultan extremadamente tardíos en la historia de la humanidad: al decir de Jean Soler, la Torá no fue dictada por Dios a Moisés en el siglo XIII antes de Cristo, sino escrita a lo largo de un periodo de tiempo comprendido entre el año 620 para el embrión del Deuteronomio, el quinto libro del actual Pentateuco, y principios del siglo IV para el final. De manera que podemos decir que la Torá es globalmente contemporánea de Sócrates y de Platón. El texto será modificado más tarde, y por consiguiente es *in fine* una obra de la época helenística. Y lo mismo ocurre con el Nuevo Testamento y sus Evangelios, escritos, según las hipótesis más antiguas, a finales del siglo I de nuestra era, y según las más re-

cientes, a mediados del siglo II. El Corán, por su parte, es el último texto aparecido en la constelación monoteísta: siglo VIII de la era cristiana.

Ya se ve que un texto, aunque esté escrito al dictado de Yahvé a Moisés como creen los judíos, bajo la inspiración del Espíritu Santo como piensan los cristianos o dictado por Dios al Profeta, como afirman los musulmanes, tiene una fecha; está ligado a un momento histórico, a un lugar, al monte Sinaí para los judíos o al monte Hira para los musulmanes, y a una época.

El *creyente*, por ejemplo, dice que el ángel Gabriel, Yibril, encontró al Profeta en 610 en el famoso monte Hira, a pocos kilómetros de La Meca, y que a partir de ese momento y durante veintidós años le dictó el Corán a Mahoma. El *historiador*, por su parte, nos dice que el Corán fue la obra piadosa de unos compañeros del Profeta que transmitieron sus mensajes. El texto definitivo se estableció a petición del califa Otmán. El texto más antiguo data de 776, por consiguiente cuarenta y cuatro años después de la muerte de Mahoma, que tuvo lugar el 8 de junio de 632. Este primer texto estaba compuesto por 114 suras con un número de versículos variable. En aquella época, la escritura árabe no conocía los signos de las vocales breves. No fue hasta el siglo IX cuando se establecieron no menos de siete versiones diferentes del Corán, la mayoría de origen iraní. Claro que el creyente puede ignorar lo que afirma el historiador; incluso puede imaginar que proponer la arqueología de ese texto es una ofensa y un pecado; o incluso, más fuerte aún como condena, una blasfemia. Pero eso no impedirá que un texto sea pensado en un contexto, que tenga uno o varios autores, que haya sido escrito en determinadas circunstancias y determinadas ocasiones.